

Teatro en la escuela

 MIGUEL MURILLO*



SIEMPRE se ha hecho Teatro en la Escuela. Sería raro encontrar un Centro en el que con motivo de algún acontecimiento festivo no se haya programado una función de Teatro.

"El Teatro", "La función escolar", "La obra

de teatro", presiden en gran manera esos programas que anuncian la celebración del Día del Centro, el Fin de Curso o la velada para recaudar fondos con destino a un viaje escolar u otra clase de coyuntura.

Esta función coyuntural del Teatro en el medio escolar, sin rechazarla y sin cuestionar en absoluto su capacidad de introducir un elemento "diferente" dentro de la rutina académica, ha escondido, y sobre todo ha resumido de forma incompleta, todas las posibilidades que encierra la actividad dramática, en un medio en el que predomina como objetivo esencial el desarrollo de la capacidad creativa.

"...la señorita nos repartió unas fotocopias con lo que teníamos que aprendernos, a mí me tocó hacer de Zapatera Prodigiosa. Era una obra de Federico García Lorca. Ensayábamos después de las clases y la señorita se enfadó porque no nos daba tiempo de hacerla y algunos no se sabían los papeles de memoria..."

"Todos los años hacemos teatro, por Navidad, el año pasado hicimos una obra que se llamaba " la Princesa Jorobadita".

"A mí no me gusta hacer Teatro, es un rollo, además eligen a los más pelotas y si sale mal se ríen de ti".

Estos testimonios corresponden textualmente a los emitidos por un grupo de alumnos que integraron la experiencia sobre Actividad Dramática en la Escuela desarrollada en una zona rural de Extremadura de más de diez localidades.

En estas palabras descubrimos varias claves acerca del sentido que para los niños, de edad comprendida entre diez y doce años, tenía el concepto "Teatro Escolar". Sin analizar el grado de frustración de algunos, el rechazo a la actividad, y lo más grave, la adecuación

a temas y argumentos ajenos a la realidad del niño, a sus necesidades e intereses, caso de la obra de García Lorca, podemos sacar una conclusión evidente: esa actividad no les interesaba en absoluto. Al menos como actividad planteada en sentido vertical y sin posibilidad de romper cauce alguno.

Del mismo modo que la utilización del dibujo o la pintura, la música o las manualidades en la Escuela no tienen como objetivo esencial obtener un puñado de "primeras figuras de las Bellas Artes" o el de organizar acontecimientos artísticos de primera magnitud, aunque el hecho de presentar al público lo realizado nunca deba descartarse, la Actividad Dramática escolar no se puede limitar a la producción, imitación más bien, de una producción en toda regla, de una obra de Teatro o a descubrir émulos infantiles de Nuria Espert o Roderó.

Las cosas son de otra forma. Es necesario conocer la gran cantidad de recursos e instrumentos que la dramatización ofrece. Para ello existen, como en todos los campos de la educación, una numerosa serie de medios para la formación y el conocimiento de quienes se hacen cargo no sólo de la Dramatización sino de la tarea educativa. A través de este conocimiento, y sin extendernos aquí más de lo justo, el profesor-animador podrá utilizar la gama de recursos en varias direcciones:

Una de ellas podría ser la que contempla los juegos de acción dramática como instrumentos de conocimiento del alumno, exploración de su mundo cercano, manifestación de sus capacidades y sobre todo posibilidad de crear y jugar con elementos próximos proyectando a través de ellos su propia visión del mundo, de ese micromundo que a veces tiene como fronteras las paredes de su casa, las paredes de su aula o la de su fantasía.

Después podemos entrar con la habilidad que se necesita en toda labor bien hecha a utilizar la dramatización como recurso para cualquier otra tarea escolar. Me complace, en esta revista que tiene al libro como protagonista, poder señalar que son múltiples las fórmulas y las experiencias tendentes a animar temas como la utilización de la biblioteca escolar (recuerdo a aquel

chico de octavo vestido de Robinsón Crusoe con loro y todo que se paseó por su Colegio entrando sorpresivamente en las aulas y dejando mensajes misteriosos que sólo leyendo las páginas de Daniel Defoe sus compañeros lograrían descifrar). También me complace, y en esto sólo espero haber contribuido a un mayor conocimiento de Lorca, poder afirmar que a través de un trabajo más definido se puede deshilvanar de forma agradable ese complejo mundo que en la Educación Secundaria tiene nombre ilustre y decimonónico "la Lengua y Literatura española". Permítanme que recuerde de nuevo aquella otra experiencia que a través de lecturas fragmentadas de textos de autor, Lorca por ejemplo, mostró un mundo lleno de colores, metáforas, enredos, canciones, toreros y noches de luna. Ni importaba el argumento, ni la memoria tenía por qué esforzarse ni la Zapatera tenía que explicar a nadie la inconveniencia de sus amores con uno y sus desamores con otro, más viejo y más rico que el uno. Aquellos niños supieron, gracias a la habilidad de un equipo de trabajo, destilar los elementos más elementales de la poesía y el teatro lorquiano, daba igual ser fiel al texto o no, y con ellos creaban, cada día de forma diferente, un universo mágico sobre unas tablas hechas por ellos, iluminadas por ellos y vividas por ellos. Digo Lorca y diría Lope, Zorrilla, Buero Vallejo o publicidad, problemas del pueblo, temas como las drogas, la limpieza, la televisión, etcétera.

Podría entrar en el Juego Dramático y la expresión corporal, en la conjunción por medio del juego entre diferentes niveles educativos, en los valores de la improvisación, en la utilización de recursos para explicar desde la Historia a las matemáticas, en la Fiesta Escolar que aglutina a todos: claustro, padres, pueblo, etcétera.

Podría estar aún desarrollando muchas más posibilidades. Pero finalizo simplemente como empecé. El tratamiento coyuntural, unitario y parcial del Teatro en la Escuela esconde todas sus posibilidades. Aunque mejor una función al año que nada.

* Miguel Murillo Gómez es profesor de E.G.B. y autor teatral.